

LA GUERRA MESOAMERICANA EN ÉPOCA MEXICA¹

ISABEL BUENO BRAVO

Introducción

Si bien es cierto que sobre Mesoamérica no hay tantos estudios como sobre otras grandes civilizaciones antiguas, más cierto es que sobre algunos aspectos en particular la información de que disponemos es casi nula. El caso de la guerra es emblemático de esta carencia de información.

Afortunadamente, a partir de la década de los 80, los estudios mesoamericanos han empezado a dar un giro copernicano, al interesarse por nuevos asuntos que rebasaban los tan manidos aspectos religiosos o mitológicos que, hasta ahora, habían acaparado la atención de los estudiosos y del público en general.

En estas investigaciones se ha demostrado la necesidad de que los analistas salgan de su aislamiento y pongan en marcha visiones más interdisciplinarias para avanzar en la comprensión de un mundo que aparece todavía sin cohesión. Falta un sentido holístico que nos muestre a la sociedad mesoamericana completa, rica en todos sus aspectos. En este sentido, el análisis de la guerra, desde un enfoque social, se presenta como un guía idóneo para descubrir a la cultura mesoamericana prácticamente íntegra, ya que la guerra involucra política, ideología, religión, relaciones sociales, e incluso, al arte.

Desde esta certeza me animé a emprender el análisis. Pero la bibliografía, que hasta la fecha se había encargado del tema, no era abundante ni reciente. Sin embargo, las lecturas denominadas “clásicas” estaban siendo reinterpretadas, al responder a preguntas nuevas y así, cuestiones que, hasta hacía relativamente pocos años, parecían claras e inamovibles empezaban a ser cuestionadas. Un ejemplo que ilustra esta afirmación es el supuesto pacifismo con que los analistas definían el período Clásico, frente a la belicosidad que parecía regir en el siguiente período: el Postclásico.

¹ No tengo palabras para agradecer a doña Ascensión Hernández y a don Miguel León-Portilla su apoyo y su afecto.

Hoy en día esta idea “romántica” está descartada y, podemos afirmar, que nunca ha habido grandes períodos pacíficos y, a mi juicio, esto tiene una respuesta clara. Todas las ciudades mesoamericanas importantes están muy cercanas unas de otras, esto hace que tengan acceso a los mismos nichos ecológicos y que el deseo de controlar estos bienes y así obtener la hegemonía política y económica esté latente en todas las épocas. Sin lugar a dudas, Mesoamérica ilustra perfectamente esta realidad pues como sabemos, no hay descanso entre el surgimiento de un centro poderoso, su ocaso y el nacimiento del siguiente.

Así que, si partimos de estas premisas, estamos hablando de sociedades en las que lo militar está muy presente y que cada vez cobra más importancia. Los gobernantes mesoamericanos, conscientes de este hecho, emprenden reformas que afectan a la educación, pilar fundamental para obtener buenos soldados, que no cuestionen la importancia de dar su vida por la patria, pues son adoctrinados desde niños, en las escuelas que el Estado costea e impone como obligatorias. Remodelan el ejército, de tal forma que amplían su base y aceptan la posibilidad de mejorar en la jerarquía social a través del éxito en la guerra, imbricándose en la sociedad una ideología que impregna al soldado del halo de virtud, en el más clásico de los sentidos, en el que la fama y el prestigio social eran imprescindibles para ser respetado en la sociedad y para acceder a ciertos cargos políticos, dentro de la cada vez más compleja administración.

La religión tiene un carácter oficial muy dependiente del poder político que ampara y bendice estos cambios, aceptando un panteón de nuevos dioses guerreros y un “evangelio” que pregona a sus fieles que son un pueblo elegido, con una dura misión que les condena a la guerra permanente, para aplacar la ira de estos dioses, que se sacrificaron por ellos, para crearlos y ofrecerles un mundo que les proporciona todo lo que necesitan. Como apunta Michel Graulich se introduce en la sociedad el supuesto de la deuda.²

Pero la guerra también se implica en la economía mesoamericana, pues el comercio, sobre todo el de larga distancia, proporcionaba riqueza al régimen político imperante frente a otros gobiernos menos desarrollados, al controlar monopolios y también ofrecer productos de prestigio con los que la elite hace ostentación de su poder. Estas ricas caravanas son protegidas por el ejército para evitar ataques no deseados, y, finalmente, el arte como testigo de excepción de la época en

² Michel Graulich, “El sacrificio humano en Mesoamérica”, p. 19.

que se desarrolla, recoge todos estos cambios en los que los guerreros, el ejército y sus batallas son immortalizados.

Quizás, el mejor ejemplo para ilustrar todo lo que se ha dicho hasta ahora, en el ámbito mesoamericano, sea la sociedad mexicana. Ella supo crecer sobre la base de una tradición heredada y como última representante de ese mundo fascinante, que se apagó luchando valientemente por defender su hegemonía, desarrolló toda esta herencia alcanzando unas dimensiones sin precedentes en Mesoamérica.

Evolución y desarrollo

Sabemos que Tenochtitlan se fundó en una isla del lago de Texcoco, este hecho hacía imposible que contara con tierras suficientes para abastecer a su creciente población³ y motivaba la necesidad de buscarlas. Dada la proximidad del resto de las ciudades y, sobre todo, que las tierras pertenecían a la potencia que entonces dominaba el valle, Azcapotzalco, parece poco probable que pudiera obtenerlas por la vía pacífica. Así que la ausencia de tierra cultivable y el deseo de dominar las rutas comerciales y sus monopolios fueron motivos más que justificados para que Tenochtitlan viviera en un permanente estado de guerra.

Pero también sabemos que ni la tecnología, ni la climatología, ni la orografía daban facilidades para la continua movilización del ejército. Entonces ¿cómo lo hicieron? ¿cómo fueron capaces de crear el enorme imperio que Cortés conoció?

El gobierno mexicano optó por un sistema de gestión regido por lo que denominó “la ley de la flexibilidad”, que aplicaba a todo tipo de situaciones políticas, así como a la forma de movilizar al ejército imperial, pero vayamos por partes y veamos cómo era el mundo militar en época mexicana. Al *tlatoani*, como cabeza del ejército, le correspondía la declaración de la guerra, que se hacía tras consultar a su Consejo formado por dos senadores, el *tlacatecutli*, y el *tlacochtecutli*, y por dos

³ Al hablar de la población de las ciudades mesoamericanas hay que destacar que era muy alta si la comparamos con ciudades de Europa de la misma época. Aceptamos que Tenochtitlan, Texcoco o Coatlichan tendrían una población en torno a los 300 o 400 mil habitantes para la época en que Hernán Cortés llegó. Pues bien, para la misma época, siglo XVI, las ciudades europeas con más de 100 000 habitantes eran escasas, tan sólo Nápoles, Constantinopla, París, Venecia y Milán superaban esa cifra al principio del siglo XVI. A finales del mismo podemos añadir Sevilla, Lisboa, Londres, Amsterdam, Amberes, Palermo y Roma.

altos capitanes del ejército, el *tlacateccatl* y el *tlacohcalcatl*.⁴ Una vez tomada la decisión se anunciaba en la plaza, dando tiempo a que todos se prepararan, los propios soldados y los mensajeros que anunciaban a las zonas amigas el inicio del conflicto y hacia la provincia objeto de las hostilidades, por si prefería arreglar el problema por la vía diplomática.⁵

Este primer paso era más bien de tipo ritual; sin embargo, para que la guerra tuviera éxito, era fundamental atender dos aspectos: la logística y la estrategia. Si bien ambos son importantísimos en cualquier confrontación, en Mesoamérica cobran especial relevancia, por la cantidad de obstáculos que había que salvar.

La buena organización de la logística era fundamental para las campañas que, cada vez con más frecuencia, implicaban distancias mayores. El abastecimiento del ejército se resolvió exigiendo a los pueblos por donde las tropas discurrían que les proporcionaran los víveres —tortilla de maíz tostada, pinole, chile molido, frijol— hombres y armas que necesitaran.⁶ Para ello se enviaba a un mensajero que se adelantaba anunciando la llegada de las tropas. Generalmente, los ejércitos partían con un día de diferencia⁷ con el fin de repartirse y hacer su llegada menos gravosa a los pueblos en cuanto a alimentos y especialmente agua.

Por un lado, iban los hombres y por otro, las armas que salían un día antes que los primeros. La manera de transportar tanto víveres como armas era a través de los tlamemes, cargando cada uno 23 kg/25 km día. Cuando el ejército llegaba al campamento, los tributarios ya lo habían preparado con mantas, loza y tiendas; la de los principales, llamada *aoxacali*, y otra muy grande, *yaotanacalco*, que servía de almacén de alimentos y armas.⁸

Las razones estratégicas de viajar por separado respondían por lo menos a tres motivos: evitar que el enemigo supiera el tamaño real del ejército, reducir el tiempo de la marcha y atacar por diferentes rutas para destruir la defensa táctica del enemigo. Estas motivaciones primaban sobre las logísticas, ya que el regreso lo hacían juntos.⁹

Las tropas imperiales estaban formadas por un *xiquipilli* de 8000 soldados aportados por los *calpulli*, cada una de estas unidades se di-

⁴ Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, I, lib. 6, cap. 20, p. 506-507.

⁵ Lameiras, *Los déspotas armados*, p. 104-116; Zorita, *Relación de los Señores de la Nueva España*, Cap. IX, p. 95.

⁶ Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, II, cap. XVIII, p. 156.

⁷ *Ibid.*, II, cap. XXI, p. 180; Sahagún, *op. cit.*, II, lib. 8, cap. 17, p. 671.

⁸ Durán, *op. cit.*, II, cap. XXI, p. 180; Orellana, "La guerra", II, p. 860.

⁹ Hassig, *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control*, p. 71.

vidía en veinte escuadrones de 400 soldados a las órdenes de un capitán.¹⁰ Aunque como bien apunta Diego Durán el ejército imperial crecía muchísimo,¹¹ con las *auxilia* formadas por los jóvenes de las poblaciones sojuzgadas. Estas fuerzas al completo se utilizaban para aniquilar situaciones en las que la amenaza fuera máxima; por el contrario, para situaciones de menor intensidad, entraban en acción los ejércitos tributarios. Con esta distribución, se conseguía que los clientes demostraran su lealtad al régimen, con un considerable ahorro para la administración mexicana y, a la vez, era una buena manera de dosificar la terrorífica puesta en escena del ejército imperial.

La disciplina dentro del ejército era muy estricta, ya que se castigaba con la muerte a quien hubiera desobedecido alguna orden en la batalla, matado a algún enemigo sin permiso, robado algún cautivo, revelado planes a los enemigos, etcétera.¹²

El gobierno mexicano, como cualquier Estado, poseía un buen canal de inteligencia compuesto por los embajadores oficiales, mensajeros, mercaderes y espías, cuyos servicios eran recompensados.¹³

Con los datos que éstos aportaban se preparaban las campañas militares, pues permitían hacerse una idea muy aproximada de cuánta gente vivía en la región a conquistar, cómo era su armamento, qué obstáculos geográficos había que evitar, cuántos días duraría la marcha, etcétera,¹⁴ de tal forma que, una vez que terminaba la época de cosechas y de lluvias, se estaba en condiciones de emprender la gesta.¹⁵

Las actuaciones de fuerza del ejército iban acompañadas de acciones diplomáticas continuas, que buscaban el equilibrio entre dejar bien claro quién era el poderoso y las terribles consecuencias que podía tener olvidarlo, y ofrecer ventajas suficientes a los oprimidos, de modo que no les compensara soñar con el levantamiento. Aún así, es indudable que el empleo de las armas fue importante para conseguir los objetivos políticos que Tenochtitlan se marcaba; sin embargo la discusión sobre la profesionalidad o no de su ejército siempre resulta polémica.

Ciertamente, se nos antoja paradójico hablar de expansión imperial sin la existencia de soldados profesionales, trabajando a tiempo completo para el Estado y retribuidos por éste. Aunque Ross Hassig

¹⁰ Katz, *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV y XVI*, p. 160.

¹¹ Durán, *op. cit.*, II, cap. XIX, p. 164.

¹² Sahagún *op. cit.*, II, lib. 8, cap. 17, p. 671; Torquemada 1969, II, lib. 12, cap. VI, p. 384.

¹³ Cipolla, *Entre la Historia y la Economía*, p. 187; Hassig, *Aztec Warfare*, p. 49.

¹⁴ Lameiras, *Los despotas armados*, p. 108; Sahagún, *op. cit.*, II, lib. 8, cap. 17, p. 670.

¹⁵ Hassig, *Mexico and the Spanish Conquest*, p. 14-36.

afirma que tenía un cuerpo de soldados profesionales, esta manifestación no responde a la opinión mayoritaria.¹⁶

Con todo, el modelo de organización imperial que se había elegido no hacía del ejército profesional una necesidad. Si durante gran parte del año los caminos estaban intransitables, tanto para los conquistadores como para los conquistados; si, además, la seguridad de las fronteras de los pueblos sojuzgados no corría de su cuenta, parece que el ejército profesional supondría un gasto inútil para una administración, cuyo objetivo sí era sacar un máximo rendimiento económico en cualquier circunstancia con un mínimo gasto.

En mi opinión, Tenochtitlan tuvo un eficaz ejército que cumplió a la perfección el papel que el sistema imperial le había adjudicado. Supeditado a los objetivos políticos, supo ganarse la fama de aguerrido y atroz que necesitaba para poder conquistar, aplacar levantamientos, asegurar rutas comerciales, etcétera, sin que fuera necesaria su presencia permanente. Esta fama quedó de sobra demostrada en la defensa de su territorio, cuando la confederación indígena-española les atacó, sin olvidar que el ejército imperial tuvo un inestimable apoyo con la creación de un ejército ‘auxiliar’, formado por los hombres que componían la Triple Alianza, así como por los de los pueblos sojuzgados.¹⁷

Las tropas auxiliares supusieron un ahorro fundamental para el erario mexicano al aportar todo lo que necesitaban en armamento y en víveres, constituyéndose en una pieza clave para la expansión imperial. Una vez más, Tenochtitlan encontró la fórmula idónea para que las provincias no supusieran una carga en ningún aspecto.

El aporte militar se estableció como un tributo, aunque no se denominara como tal; de esta forma, algunas provincias estaban obligadas a dar hombres para reforzar las filas del ejército.¹⁸

El ejército se lanzaba a conquistar zonas económicamente productivas, de las que se obtenía un tributo de variada índole y, a cambio de éste y de su lealtad, les permitía seguir con su organización local. Era una forma de obtener lo pretendido, pero con un costo mínimo en hombres y en intendencia. En ocasiones, se dejaba al gobernante local, tras haber comprobado su lealtad; de lo contrario, se le sustituía por otro miembro de la dinastía, aplicando la “ley de la flexibilidad”.

Este tipo de organización creaba un fuerte vínculo con el ejército, pues al gobernante local no sólo se le responsabilizaba de que su gen-

¹⁶ Hassig, *Aztec Warfare*, p. 169 y *War and Society in Ancient Mesoamerica*, p. 142.

¹⁷ Bueno, *La guerra mesoamericana en época mexicana*.

¹⁸ Calnek, “Patterns of Empire Formation in the Valley of Mexico”, p. 56; Hassig, *Aztec Warfare*, p. 227; Zorita, *op. cit.*, cap. IX, p. 76 y 95.

te rindiera el ansiado tributo para Tenochtitlan, sino también de vigilar sus propias fronteras. Con esta actuación el imperio economizaba al mismo tiempo en gastos militares y administrativos.

La imposición del tributo también variaba y dependía de la resistencia demostrada en la batalla.¹⁹ Si la zona era proclive a la rebelión, se dejaba a un gobernador mexicano y en determinados lugares se levantaban guarniciones que se poblaban con colonos procedentes de la Triple Alianza.²⁰

Efectivamente, las fuentes hacen referencia a la presencia de guarniciones por todo el territorio de expansión mexicana, que tenían la misión de proteger a éste, como respuesta a un meditado plan estratégico. Sin embargo, sobre el tema de las guarniciones, si existían o no y, cuál era su función, si hay pruebas consistentes que demuestren una u otra postura ha ido variando a lo largo del tiempo entre los investigadores.

Guarniciones

Entre la historiografía más o menos reciente encontramos distintas posiciones: Shirley Gorenstein²¹ y Nigel Davies²² ponen en duda que estos lugares fueran tales guarniciones. Ross Hassig los rebate afirmando que efectivamente no hay unanimidad en las fuentes para asegurar que existían guarniciones en las provincias tributarias más importantes, pero sí indicios del establecimiento de colonias en lugares estratégicos, poblados con gente de la Alianza, en donde un militar de graduación gobernaba; y de que los pueblos de la región en los que estaban instaladas, proporcionaban suministros y servicio militar a la correspondiente guarnición, llegando a dar un número considerable de nombres: Guarniciones aztecas en Oztuma, Alahuiztlan, Asuchitlan, Chinantla, Oaxaca, Cuestlahuaca, la Mixteca, Acatlán, Teozacualco, Ayusuchiquilazala, Xilotepec, Cotastla y Otopo, y Teppecuacuilco. Guarniciones tarascas en Taymeo, Sirándaro y Guayameo; y Metztlán tenía una guarnición en su frontera con los aztecas.²³

¹⁹ Zorita, *op. cit.*, cap. I, p. 142.

²⁰ Hassig, *Aztec Warfare*, p. 15, 16 y 19; Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, cap. XXXIX, p. 147; cap. LIII, p. 179; cap. LIX, p. 188; Rojas, *Los aztecas: entre el dios de la lluvia y el de la guerra*, p. 153; Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, cap. 41, p. 182; cap. 75-77, p. 319-332.

²¹ "The differential development of New World empires", p. 60-63.

²² *Los Aztecas*, p. 97-100.

²³ Hassig, *Comercio, tributo y transportes: La economía política del valle de México en el siglo XVI*, p. 109-100.

Estudios más recientes van encontrando datos nuevos o valorándolos de distinta manera, permitiendo afirmar que el número de funcionarios y de colonias era mayor de lo que en investigaciones anteriores se creía.²⁴ Incluso, Pedro Carrasco llega a hablar de “distritos militares” basándose en un estudio de Rudolph van Zantwijk.²⁵

Michael Smith, propone que en las provincias más alejadas del imperio, que él denomina estratégicas, se establecían guarniciones, que tenían la misión de proteger a las provincias más productivas, con las que se abastecía el centro imperial, de incursiones hostiles.²⁶ Para Jaime Litvak la función de las guarniciones era mantener la paz y asegurar el flujo de los tributos;²⁷ para Barry Holt, desalentar las rebeliones e imponer su autoridad.²⁸ La información que proporciona Bernal Díaz del Castillo, en su relato de la conquista de México viene a dar la razón a estos autores que afirman la existencia de guarniciones de frontera o estratégicas.²⁹

La relación del imperio con las “provincias estratégicas” era diferente que la que mantenía con las “provincias tributarias”. Aunque ambas pagaban tributo, la naturaleza del mismo era distinto. En las primeras cobraba mayor importancia la aportación militar, tanto auxiliando como entregando material bélico y soldados enemigos, regalos en lugar de bienes concretos, y el calendario de entrega también variaba, pues era más flexible al estar sujeto a las necesidades que las campañas bélicas establecían.

Estas “provincias estratégicas” también tenían a su cargo el mantenimiento y abastecimiento de las guarniciones, aunque en las fuentes no se califique esta aportación de tributo, sino de regalo.³⁰

En cuanto a la forma de reclutar a la gente para las guarniciones y cómo se les pagaba, veamos si las fuentes ofrecen suficiente información. Las colonias se repoblaban con gente de la Cuenca que prestaba servicios militares, y con los pueblos adyacentes a la colonia que se le exigía lo propio.³¹ Además, la ley también se modificó en relación con la política de colonos, beneficiando tanto a los soldados como al imperio. Por ejemplo, Nezahualpilli estableció que se

²⁴ Umberger, “Aztec Presence and Material Remains in the Outer Provinces”, p. 152.

²⁵ “La organización de once guarniciones aztecas, una nueva interpretación de los folios 17v y 18r del ‘Códice mendocino’”, p. 531.

²⁶ “The Strategic Provinces”, p. 141-147.

²⁷ *Cihuatlan y Tepecoacuilco: Provincias tributarias de México en el siglo XVI*, p. 38.

²⁸ *Mexica-Aztec Warfare...*, p. 366, 367.

²⁹ *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, I, cap. XCIV, p. 344.

³⁰ Paso y Troncoso, *Epistolario...*, 6, p. 149.

³¹ Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, cap. XXXIX, p. 147; cap. LIII, p. 179; Tezozómoc, *op. cit.*, cap. 41, p. 182, cap. 75-77, p. 319-332.

aboliera la pena de muerte para los soldados condenados por adulterio y que estos fueran desterrados de por vida a las “fronteras y presidios que el imperio tenía”.³²

La organización y funcionamiento de las guarniciones comentadas pueden ofrecer un panorama de cómo pudieron ser, pero sin duda quedan muchos aspectos sin explicar que esperan ser desvelados en nuevos estudios. Sin embargo, no comparto la opinión de aquéllos que ponen en duda su existencia, pues la atenta lectura de las fuentes, por ejemplo Bernal Díaz del Castillo, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Tezozómoc, etcétera, ofrece, además de gran cantidad de nombres, una visión bastante completa acerca de la costumbre de la Alianza de dejar “gente de guarnición en las más fuertes ciudades y cabeceras de aquellas provincias” que conquistaban, así como en las fronteras,³³ con el objetivo de proteger al imperio tanto de una revuelta de las gentes ya conquistadas, como de posibles ataques exteriores, procurar que el flujo de tributos no se interrumpiera, y asegurar zonas de tránsito tranquilo para los comerciantes, así como desalentar con su presencia los deseos de sublevación.

La táctica. ¿Infantería y marina?

En estas páginas se ha hablado de logística, de estrategia y no podía faltar la táctica, que es el arte de disponer, mover y emplear la fuerza bélica para el combate o la puesta en marcha de la estrategia diseñada. No sabemos si el ejército estaba dividido en infantería y “marina”, para los pueblos que estaban situados en los lagos, o si todos sus componentes recibían una preparación mixta en las escuelas.

La organización en la batalla era muy estricta, había un capitán por cada unidad de doscientos, otro para la unidad de cuatrocientos y otro de mayor graduación que coordinaba a las dos unidades. El capitán de cada escuadrón estaba atento a las señales convenidas para iniciar el combate.³⁴ Estas señales podían ser acústicas —tambores, caracoles de mar, trompetas, etcétera—, gritos o de humo, y además de servir de lenguaje para transmitir las órdenes, animaban a los contendientes y atemorizaban al enemigo.³⁵ Junto a este tipo de señales,

³² Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, cap. LXVIII, p. 202.

³³ *Ibidem*, cap. LIX, p. 188.

³⁴ Díaz del Castillo, *op. cit.*, II, cap. CLI, p. 62; Durán, *op. cit.*, II, cap. XIX, p. 166-167.

³⁵ Cortés, 1963, *Cartas...*, p. 121; Díaz del Castillo, *op. cit.*, I, cap. LXV, p. 236; I, cap. CXXXVII, p. 514; II, cap. CL, p. 57; Torquemada, *Monarquía Indiana*, II, lib. 14, cap. III, p. 538.

cada cuerpo estaba perfectamente identificado por su distintivo; se trataba de que lucharan juntos, y si se desperdigaban, el estandarte les ayudara en la reorganización.

Dentro del grueso del ejército existían comandos formados por los *Cuauhuehuetl* —águilas viejas y experimentadas—, capitanes con muchas horas de combate; los *quachic*, guerreros muy valientes, una especie de mártires que morían en la batalla antes de retroceder.³⁶ Estos junto con los *otomiltl* componían la vanguardia.³⁷ Además de excelentes luchadores, eran exploradores y expertos en emboscadas; podían ir en grupos de cuatro y llegar hasta los veinte según las órdenes.³⁸

Por lo general el combate combinaba las armas arrojadas, con las que se iniciaba, con el duelo cuerpo a cuerpo.³⁹

No sólo eran muy diestros en el manejo de todo tipo de armas, sino que combinaban el ataque directo con emboscadas en las que hacían creer al ejército enemigo que huían y entonces los escuadrones de refresco acababan con los atacantes que los perseguían.⁴⁰ Otras veces utilizaban trampas, haciendo hoyos donde colocaban estacas afiladas y después tapaban⁴¹ o entorpecían los caminos con obstáculos.⁴²

Si los enfrentamientos eran en las ciudades, combinaban los ataques “terrestres”, practicando la lucha directa, las trampas y la quema de los objetivos militares con los “aéreos”, lanzando desde las azoteas recias lluvias de flechas y piedras.⁴³

Como vemos, el combate cuerpo a cuerpo cobraba mucha importancia en la guerra mesoamericana; una vez que las formaciones de escuadrones se rompían, los más diestros sobrevivían. En los combates cuerpo a cuerpo destacamos un tipo de guerra que formaba parte de la estrategia mexicana que conocemos como *xochiyaoyotl* o “guerra florida”. En efecto, las fuentes denominan a esta táctica florida, pero la visión que tenemos de ellas dista mucho de ser suaves e inofensivas. Generalmente, las fuentes que proporcionan información sobre ellas presentan un punto de vista tenochca, por lo que su interpretación está sujeta a este condicionante, aunque anteriormente a la formación

³⁶ Sahagún, *op. cit.*, II, lib. x, cap. VI, p. 775.

³⁷ Durán, *op. cit.*, II, cap. XIX, p. 166-167.

³⁸ Bandelier, “On the art of war and mode of warfare of ancient mexicans”, p. 118 en Lameiras, *El encuentro de la piedra y el acero*, p. 70.

³⁹ Torquemada, *op. cit.*, II, lib. 14, cap. III, p. 538-539.

⁴⁰ Díaz del Castillo, *op. cit.*, II, cap. CXLV, p. 32; Durán, *op. cit.*, II, cap. XLII, p. 330.

⁴¹ *Ibidem*, I, cap. LXXXIII, p. 287, 274.

⁴² *Ibidem*, I, cap. LXXXVI, p. 304; II, cap. CLI, p. 61, 66, 74; Torquemada, *op. cit.*, II, lib. 14, cap. III, p. 539.

⁴³ Díaz del Castillo, *op. cit.*, I, cap. CXXVI, p. 453, 454.

del estado mexica se pueden rastrear también guerras floridas entre los chalca, los tepanecas, e incluso los tarascos.

Continuando con las tácticas guerreras, si el escenario de la batalla era una de las ciudades situadas en los lagos, a los combates anteriores se les unían los “navales”, en los que igualmente el orden de batalla era fundamental.⁴⁴ Existían al menos dos tipos de embarcaciones para la guerra dependiendo del tamaño de éstas.⁴⁵ Se las acorazaba de tal forma que los soldados que se parapetaban en ellas estaban casi a salvo.⁴⁶

Sabemos, por las fuentes, que eran igual de diestros en el manejo de las canoas con fines militares. Los arqueros se colocaban detrás de las defensas que llevaban y arrojaban lluvia de flechas desde ellas. También utilizaban en el agua los mismos ardides que en la guerra terrestre: colocaban trampas dentro del agua,⁴⁷ fingían huidas para atacar más fuertemente, y el número de canoas que se veían implicadas en estas batallas era enorme como testimonian vivamente los relatos de Hernando Cortés y de Bernal Díaz del Castillo.

No podemos olvidar dentro de la táctica militar el uso de la *guerra psicológica* que practicaban a través de gritos y sonidos de instrumentos ininterrumpidos de día y de noche, pinturas del cuerpo, así como los propios sacrificios e incluso podemos hablar de *guerra química* pues las fuentes nos relatan cómo tenían costumbre de fabricar unas “bombas” de chile que actuaban como auténticos gases lacrimógenos, llegando a producir la muerte por asfixia⁴⁸ y otras bombas hechas con panales llenos de avispas que obligaban a los atacados a salir del escondite y rendirse.

En relación con la guerra hay que destacar también la participación de un *cuervo médico* que asistía a los heridos en la batalla. José Lameiras, basándose en Adolfo Bandelier, nos ofrece los nombres en náhuatl que están en relación con este servicio: cirujano de guerra, *texoxotlaticitl*, compuesto por *texaxqui*, brujo, y *ticitl*, médico o adivino, y *tlamacazque* que eran sacerdotes, pero cuya raíz *tlama* significa también médico.⁴⁹

Fray Juan de Torquemada relata que había unas personas encargadas de recoger a los heridos en la batalla y de acercarlos hasta el

⁴⁴ Bueno, “La guerra naval...”

⁴⁵ Díaz del Castillo, *op. cit.*, II, cap. CLI, p. 65.

⁴⁶ *Ibidem*, II, cap. CL, p. 55.

⁴⁷ *Ibidem*, II cap. CLI, p. 61, 66, 74.

⁴⁸ Durán, 1984, II, cap. XXIV, p. 198.

⁴⁹ *El encuentro de la piedra y el acero*, p. 73; *apud*. Bandelier, *op. cit.*, p. 138.

puesto de los médicos, quienes eran más diestros que los propios médicos europeos.⁵⁰

En el campo de batalla no sólo quedaban los heridos, sino también los muertos. Bernal Díaz del Castillo señala cómo tras los combates contra los tlaxcaltecas, éstos recogían a sus muertos, de tal forma que nunca sabían el número de bajas.⁵¹ Miguel León-Portilla nos informa que algunos muertos eran descarnados y su carne ofrecida a los dioses⁵² y según fray Bernardino de Sahagún los guerreros muertos de más rango eran quemados y sus cenizas llevadas de vuelta con el ejército.⁵³ Sea como fuere, estos relatos nos transmiten que los soldados mesoamericanos tenían respeto por sus compañeros caídos en el combate, como otras veces hemos visto entre ejércitos más “civilizados”, como por ejemplo en las guerras napoleónicas.

Una vez concluida la batalla se mandaba a unos emisarios a informar al *tlatoani* de la suerte de la misma; de las bajas sufridas, cuántos guerreros caídos eran notables; de las hazañas individuales, para preparar las recompensas; así como del número de cautivos que se habían hecho.⁵⁴

Pero, ¿dónde aprendían estas tácticas de combate y a utilizar las armas? No parece, a tenor de los datos aportados, que fueran actitudes que pudieran improvisarse, como también parece una larga labor el crear una “conciencia colectiva” en torno a la guerra y sus valores.

Escuelas militares

Los gobiernos que glorifican la guerra tienen especial interés en inculcar los valores castrenses desde la infancia. Para ello se encargan de adoctrinar directamente a la juventud a través de escuelas estatales que difundían estos conocimientos.

Los estadistas mexica sabían la importancia de controlar la educación para transmitir la nueva ideología imperial. En el reinado de Itzcóatl se estimó necesario borrar el pasado, poco glorioso, de los primeros mexica que llegaron al Valle. Tras eliminar los datos comprometidos de los libros antiguos se creó una nueva “Historia oficial”, donde resurgía un pueblo valiente y orgulloso cuyos antepasados entroncaban con lo más florido del Valle. Los ideólogos de tal reforma

⁵⁰ *Op. cit.*, II, lib. 14, cap. III, p. 539.

⁵¹ Díaz del Castillo, *op. cit.*, I, cap. LXIII, p. 233; I, cap. LXV, p. 237.

⁵² “Itzcóatl, creador de una cosmovisión guerrera”, p. 43.

⁵³ *Op. cit.*, II, lib. 12, cap. XXVII, p. 1101.

⁵⁴ *Ibidem*, II, lib. 8, cap. XVII, p. 671; II, Lib. 8, cap. XX, p. 683.

fueron Tlacaélel, figura política clave que permaneció en el poder a lo largo de tres reinados, y Moctezuma Ilhuicamina, que sancionó la obligatoriedad de la enseñanza.

En Tenochtitlan la educación corría a cargo del gobierno.⁵⁵ Cada barrio disponía de una escuela como mínimo, para los nobles —*calmecac*— y para los comunes —*telpochcalli*—.⁵⁶ Esto es lo que nos dicen la mayoría de las fuentes y también de los autores modernos. Sin embargo, una atenta lectura nos descubre que tanto los nobles como los comunes iban a ambas escuelas.

Allí recibían distinta formación, además del entrenamiento militar, pero en ellas se inculcaba la misma idea que vertebraba a la sociedad: para ser un miembro respetable de la sociedad, había que obtener virtudes que sólo se conseguían a través del éxito militar. Las clases eran impartidas por veteranos⁵⁷ que no sólo enseñaban la utilización del armamento, sino también la doctrina social de la guerra.⁵⁸

La importancia de la guerra no sólo se enseñaba en las escuelas estatales, sino que desde el momento en que un mexica venía al mundo era recibido por la partera con unas palabras muy significativas que recoge Bernardino de Sahagún:

Tu oficio y facultad es la guerra, tu oficio es dar a verer (*sic*) al sol con sangre de tus enemigos, y dar de comer a la tierra, que se llama *Tlaltecutli*, con los cuerpos de tus enemigos.⁵⁹

Bajo el patrocinio estatal encontramos al menos dos tipos de escuelas.

El calmécac

Estas escuelas parecen haber estado situadas dentro del recinto ceremonial del Templo Mayor,⁶⁰ por lo que no es de extrañar que las clases estuvieran impartidas también por sacerdotes para mayor control del Estado.⁶¹

⁵⁵ Hicks, "Flowery War in Aztec history", p. 89 y 90; Rojas, *Los aztecas: entre el dios de la lluvia y el de la guerra*, p. 46.

⁵⁶ Lameiras, *El encuentro de la piedra y el acero*, p. 77; Vázquez, nota 48 en Pomar *Relación de Texcoco*, cap. XIV, p. 55.

⁵⁷ Zorita, *op. cit.*, cap. IX, p. 99.

⁵⁸ Hassig, *War and Society in Ancient Mesoamerica*, p. 141-148; Lameiras, *Los déspotas armados*, p. 90-104; y 1994, p. 77-81.

⁵⁹ Sahagún, *op. cit.*, I, lib. 6, cap. 31, p. 551.

⁶⁰ Motolinía, *Memoriales...*, cap. 3, p. 133; Sahagún, *op. cit.*, I, lib. 2, cap. 38, p. 250.

⁶¹ Sahagún, *op. cit.*, I, lib. 2, cap. 38, p. 265.

La determinación de la edad en la que entraban al *calmecac* depende del cronista que consultemos. Motolinía no sabe exactamente si al poco de nacer o cumplidos los cinco años;⁶² fray Bernardino de Sahagún nos dice que alrededor de diez o doce⁶³ y el *Códice Mendoza* afirma rotundamente que quince años era la edad de escolarización.⁶⁴ Un análisis práctico de estos datos nos podría arrojar la siguiente conclusión:

De igual forma que en la actualidad se puede ingresar a los niños a diferentes edades, según los llevemos a un colegio u otro, dependiendo de las necesidades y situación social de los hogares de los niños, podemos pensar que Motolinía al mencionar a niños recién destetados podía referirse a la promesa que tenían que hacer los padres al nacer el niño de llevar a sus hijos a la escuela a su debido tiempo⁶⁵ ya que era una exigencia del adoctrinamiento del Estado.

Las otras edades pueden responder a la necesidad que se tuviera en el hogar del varón. Si el niño era de familia noble, pues no estamos de acuerdo con la afirmación de que sólo iban nobles, como afirma por ejemplo José Lameiras⁶⁶ a pesar de que para su estudio también utiliza a Sahagún,⁶⁷ podía ingresar a los cinco años; y si no pertenecía a la nobleza, parece una edad razonable diez o doce años, que ya ha podido aprender el oficio y cómo desenvolverse en las faenas agrícolas; en cuanto a la edad del *Mendoza* tal vez se refiera a otra escuela, especializada en el conocimiento y manejo de las armas y para cuyo entrenamiento se necesitaría estar físicamente desarrollado, tener unos quince años. Lo que sí parece estar claro es que al *calmecac* se acudía a una edad más temprana que al *telpochcalli*.

Como insistimos, a esta escuela podían acudir nobles y comunes,⁶⁸ aunque las materias que se impartían parecen indicar que los estudiantes serían mayoritariamente nobles, ya que fray Bernardino de Sahagún nos deja claro que los estudiantes que tenían esta formación eran los futuros gobernantes y sacerdotes.⁶⁹

El régimen del *calmecac* era de internado, en el que los alumnos llevaban una vida dura.⁷⁰ Teniendo en cuenta que en la sociedad

⁶² *Op. cit.*, cap. 3, p. 133.

⁶³ *Op. cit.*, II, lib. 8, cap. 20, p. 682.

⁶⁴ Folio 61.

⁶⁵ Sahagún, *op. cit.*, I, lib 6, cap. 39, p. 577-579.

⁶⁶ *El encuentro de la piedra y el acero*, p. 79.

⁶⁷ *Op. cit.*, I, lib. 3, cap. 7, p. 305-307.

⁶⁸ *Ibidem*, I, lib. 3, cap.4, p. 300; I, lib. 3, cap. 7, p. 305-307.

⁶⁹ *Ibidem*, I, lib 6, cap. 40, p. 580.

⁷⁰ *Ibidem*, I, lib. 3, cap. 8, p. 307-309.

mexica los privilegiados eran sancionados con severidad cuando no respetaban la ley, era lógico que desde la escuela aprendieran a vivir dentro de las reglas sociales.

Las asignaturas que se impartían iban encaminadas a formar globalmente al alumno tanto académica —retórica, escritura, poesía, astrología, cómputo del tiempo— como militarmente. Fray Bernardino de Sahagún aclara que de esta escuela salían los altos mandos del ejército;⁷¹ debían estudiar estrategia, táctica, etcétera, que completarían con el manejo de las armas al llegar al *telpochcalli*; sin olvidar el aspecto social, aprendiendo las reglas cortesanas y protocolarias. Todas estas materias situaban a los licenciados —dejaban la escuela a los veinte años—⁷² del *calmecac* por encima del resto de ciudadanos, al permitirles, a través del conocimiento de la escritura y de la astrología así como del calendario, controlar las vidas de la comunidad.

El telpochcalli

La actividad principal que se desarrollaba en esta escuela estaba relacionada con la guerra⁷³ y según recogen los cronistas, había uno en cada *calpulli*.⁷⁴

Como ya hemos argumentado, se entraría con quince años para adiestrarse en el manejo de las armas,⁷⁵ pues con esta edad se tendría la fuerza suficiente para hacerlo. A esta sociedad le interesaba tener bien preparados a sus hombres para encarar las frecuentes guerras. El grueso de los alumnos serían macehuales, pues lo que más se necesitaba eran soldados rasos, pero también habría nobles,⁷⁶ que completarían en esta escuela los conocimientos obtenidos en el *calmecac*. Quizás estaría dividida en una especie de escuela de oficiales, donde los nobles recibirían un trato mejor⁷⁷ y otra de soldados de menor rango.

El régimen era más abierto; iban a comer a casa y volvían a dormir en la escuela. La vida era menos dura que en el *calmecac*.⁷⁸ Si las labores del campo lo requerían, los alumnos tenían permiso para ir a ayudar a sus familias.⁷⁹

⁷¹ *Ibidem*, I, lib. 3, cap. 8, p. 307-247.

⁷² Motolinía, *op. cit.*, cap. 4, p. 136.

⁷³ *Ibidem*, I, lib. 3, cap. 4, p. 300.

⁷⁴ *Ibidem*, cap. 4, p. 136.

⁷⁵ Sahagún, *op. cit.*, II, lib. 8, cap. 20, p. 682.

⁷⁶ Durán, *op. cit.*, I, cap. V, p. 49; Sahagún, *op. cit.*, I, lib. 3, cap. 4, p. 301.

⁷⁷ Durán, *op. cit.*, I, cap. V, p. 49.

⁷⁸ Sahagún, *op. cit.*, I, lib. 3, cap. 5, p. 302-304.

⁷⁹ Motolinía, *op. cit.*, cap. 4, p. 136.

Las asignaturas que se impartían eran principalmente prácticas encaminadas a fortalecer el cuerpo y a dominar el manejo de las armas.⁸⁰ Los maestros solían ser veteranos de guerra,⁸¹ quienes les llevaban a la batalla para poner en práctica los conocimientos adquiridos y dependiendo de cómo fuera de diestro, el alumno podía ir ascendiendo grados en el escalafón.⁸²

La suerte del hombre mexica dependía, en gran medida, de lo habilidoso que fuera en la batalla, pues a través de ella podía mejorar socialmente. Este éxito venía valorado según el número y calidad de los cautivos que fueran capaces de hacer, pudiendo obtener el grado máximo de *tlacateccatl* y *tlacochcalcatl*.⁸³ Si, por el contrario, no se tenían cualidades militares, si era adinerado vivía sin fama pero de la fortuna y, si no del trabajo de sus manos y sin posibilidad de vestir con dignidad.⁸⁴

Se licenciaban de la escuela con veinte años,⁸⁵ no sin antes recibir consejo de su maestro:

(...) su capitán les amonestaba é hacia un largo razonamiento, diciéndoles que mirasen que fuesen muy solícitos servidores de los dioses; que no olvidasen lo que en aquella casa é congregacion habían deprendido, y que pues tomaban mujer y casa, trabajasen de ser hombres para mantener y proveer su familia, y no fuesen negligentes, perezosos, mas solícitos, y supiesen criar a sus hijos; ansimesmo que para el tiempo de las guerras fuesen esforzados y valientes hombres, é que los dioses les ayudarian é harian ricos, si ellos fuesen buenos. Aconsejábales que toviesen acatamiento é obediencia á sus padres, é honrasen y saludasen a los viejos.⁸⁶

En ambas escuelas se recibía la enseñanza militar que se requería para la sociedad. Digamos que en el *telpochcalli* se daba más una “formación profesional” y en el *calmecac*, además, se impartían otros conocimientos que daban una formación más completa, o humanista, que ofrecía al licenciado mayor posibilidad de “trabajar para el Estado”.

⁸⁰ *Ibidem*, cap. 4, p. 136; Sahagún, *op. cit.*, I, lib. 3, cap. 5, p. 302-304.

⁸¹ *Ibidem*, II, lib. 8, cap. 20, p. 683.

⁸² Motolinía, *op. cit.*, cap. 4, p. 136; Sahagún, *op. cit.*, I, lib. 3, cap. 5, p. 302-304.

⁸³ Sahagún, *op. cit.*, I, lib. 3, cap. 5, p. 303.

⁸⁴ *Ibidem*, II, lib. 8, cap. 21, p. 686.

⁸⁵ *Ibidem*, II, lib. 8, cap. 20, p. 682.

⁸⁶ Motolinía, *op. cit.*, cap. 4, p. 137.

Otras escuelas

El *calmecac* y el *telpochcalli* fueron las escuelas estatales principales de los mexica, pero no las únicas. La nueva ideología basaba parte de su poder en el mundo de la imagen. Así cobraban importancia el *cuicacalli*, que eran escuelas dedicadas al canto y al baile⁸⁷ y el *mecatlan* o conservatorio donde se aprendía a tocar los instrumentos musicales. Poseer aptitudes en este sentido, no era tan importante como ser un famoso guerrero, pero sin duda una organización política en la que las relaciones diplomáticas y el ceremonial tenían mucha relevancia, también necesitaba de expertos músicos y bailarines para amenizar las embajadas y las ceremonias rituales, pues en ellos recaía la responsabilidad de transmitir el mensaje del régimen en espectáculos grandilocuentes al representar mitos del pasado que subyugaban y enfervorecían a las masas.

No sabemos si eran escuelas donde se especializaban en estas artes o si servían como complemento a las dos escuelas principales, pues Diego Durán explica que personas especializadas recogían a los alumnos, de ambos sexos, para llevarlos al *cuicacalli* y, después, devolverlos a las escuelas principales.⁸⁸ También hemos leído que los sacerdotes encabezaban las campañas militares y que tocaban 'trompetas' en las mismas, en ese caso, la música podría ser una asignatura más dentro del programa que seguían en el *tlamacazcalli* o seminario, donde se especializaban aquellos que en el *calmecac* manifestaban su preferencia hacia este campo.⁸⁹

Conclusiones

En suma, la guerra proporcionó resultados que satisficieron a todas las clases sociales. A los niveles más altos les permitió mantener su *status* y al resto les dio la posibilidad de ascender en la estructura social o de mejorar su nivel de vida en algún aspecto.

Como vemos, todo lo relacionado con ella estaba perfectamente reglamentado. Los ascensos se conseguían de acuerdo con el número de prisioneros obtenidos, de cómo se hubieran conseguido, en combate cuerpo a cuerpo o a discreción, del rango social que tuvieran los

⁸⁷ Durán, *op. cit.*; I, cap. XXI, p. 189; Sahagún, *op. cit.*, I, lib. 3, cap. 5, p. 302.

⁸⁸ *Op. cit.*, I, cap XXI, p. 190.

⁸⁹ Durán, *op. cit.*, I, cap. V, p. 50.

cautivos, etcétera. El escalafón al que se pertenecía quedaba definido a través de la ropa y de divisas, cuyo uso indebido estaba penalizado con la muerte.

Naturalmente, hay que tener en cuenta varios factores discriminantes. No recibía el mismo entrenamiento práctico un noble que un común, el armamento y las defensas del que disponía uno distaban mucho de parecerse a las del otro.⁹⁰ ¡Claro! No estamos hablando de sociedades igualitarias.

En función de estos aspectos y circunstancias se escalaban posiciones en la carrera militar. Huelga decir que el noble tenía todas las cartas a su favor para seguir con su *status* y que, aunque ciertamente la movilidad social a través de la guerra era una posibilidad para la gente común, su consecución era muy remota.⁹¹ A pesar de lo cual, esa pretensión era un acicate para acudir a la batalla.

La jerarquización del ejército afectó también a la sociedad, porque desde el estamento militar se ofrecía una mejora de vida, incentivando a ésta para que se involucrase en la vida militar. Tanto las armas como las insignias acentuaban esta diferenciación, y aunque en la ideología de estado el guerrero demostrara un valor enorme en la batalla, en la práctica éste nunca alcanzaría el más alto rango si no pertenecía a un rancio linaje.

Muchas fueron las batallas que libraron los mexica y muchas las victorias que les hicieron poderosos. Podemos afirmar que, durante el tiempo que duró su hegemonía, casi todas ellas arrojaron un balance positivo para ellos, pero sin duda, de entre todas ellas, dos se convirtieron en emblemática y fueron recordadas e inmortalizadas por el arte: la guerra tepaneca, en 1428, en la que obtuvieron su independencia, y la guerra tlatelolca, en 1473, donde consiguieron el monopolio del mercado para volar sin cortapisas.

En 1427 moría Tezozómoc de Azcapotzalco, Señor del Valle. Su muerte trajo una sangrienta guerra civil entre los hijos del tirano, que llevó al Valle a posicionarse en dos bandos: el que apoyaba a los tepanecas y, aquellos que deseaban la independencia de ellos. En este segundo grupo estaban los mexica que consiguieron suficientes apoyos para enfrentarse a ellos y vencerlos. Esta victoria marcó la pérdida de la hegemonía política de Azcapotzalco y la creación de nuevo orden político impuesto por Tenochtitlan, que nacía como ciudad libre e independiente, para crear un imperio, gestionado por una potente alianza, con unas dimensiones desconocidas en Mesoamérica.

⁹⁰ Hassig, *Aztec Warfare*, p. 30-37; Lameiras, *Los déspotas armados*, p. 100-104.

⁹¹ Berdan, 1982, p. 63-66; Lameiras, *Los déspotas armados*, p. 156-162.

Respecto a la guerra civil desarrollada en 1473 contra Tlatelolco, su ciudad gemela, podemos afirmar que era la consecuencia lógica de largos años de animadversión que se rastrean desde que salieron de la mítica Aztlan. Tlatelolco no siempre había sido “la gemela en la sombra”, sino que durante parte de su historia había tenido una mayor preponderancia política que Tenochtitlan,⁹² principalmente durante la etapa de tributarios de los tepaneca, en que Tlatelolco desarrolló una exitosa economía basada en el comercio. Así, Tenochtitlan crecía gracias a su destreza militar y Tlatelolco lo hacía a través del comercio.

Tlatelolco no formó parte de los dirigentes de la Triple Alianza, organización que se formó tras la victoria sobre los tepaneca, pero sí participaba en las guerras que ésta emprendía bajo las órdenes de Tenochtitlan.⁹³ Moquihuix, *tlatoani* de Tlatelolco, desobedeció la orden de retirada en una batalla que enfrentaba a los ejércitos de la Triple Alianza contra los de Puebla-Tlaxcala. El resultado fue la victoria para la Alianza y así Moquihuix volvió a la ciudad como un héroe, con el ánimo de explotar esta situación en contra de Tenochtitlan. Sin embargo, no encontró los apoyos suficientes para derrotarla y en 1473 Axayácatl consigue someter definitivamente a Tlatelolco, colocando en la ciudad un humillante gobierno militar que aún regía cuando llegaron los españoles.⁹⁴

Como vemos, la política mesoamericana era muy compleja, las intrigas, las facciones y las alianzas eran un elemento muy dinámico de la misma, por lo que hacía de la diplomacia una necesidad.⁹⁵ En este sentido la política actual sigue dependiendo en gran medida de las actuaciones diplomáticas para evitar conflictos armados y analizada con detenimiento parece que nada ha cambiado, pero afortunadamente para los diplomáticos, el valor de su vida sí ha evolucionado. Pues las fuentes nos ilustran cómo en más de una ocasión los embajadores mesoamericanos fueron cocinados y comidos.⁹⁶

⁹² Bueno, “Tlatelolco: la gemela en la sombra”; Davies, *Los mexicas...*, p. 74; Garduño, *Conflictos y alianzas entre Tlatelolco y Tenochtitlan...*, p. 67; Jiménez Moreno, “Historia antigua de México”, p. 119-120.

⁹³ Zorita, *op. cit.*, cap. IX, p. 54.

⁹⁴ Carrasco, *Estructura político-territorial del imperio technoca...*, p. 66; Chimalpahin, 1965, *Relaciones Originales de Chalco Amaquemecan*, p. 209; Garduño, *Conflictos y alianzas entre Tlatelolco y Tenochtitlan...*, p. 157; López Austin, *Tarascos y mexicas*, p. 88; Sahagún, *op. cit.*, II, lib. 9, cap. 1, p. 691; Torquemada, *op. cit.*, I, lib. 2, cap. 58, p. 180.

⁹⁵ Bueno, “La guerra naval en el valle de México”.

⁹⁶ Chimalpahin, *op. cit.*, p. 207.

BIBLIOGRAFÍA

- BANDELIER, Adolfo, "On the art of war and mode of warfare of ancient mexicans", in *Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology: 10th annual report*, Cambridge, 1877.
- BERDAN, Frances F., *The Aztecs of Central Mexico: An Imperial Society*, New York, Holt, Rinehart y Winston, 1982.
- BERDAN, Frances, Richard Blanton, Elizabeth H. Boone, Mary Hodge, Michael Smith and Emily Umberger, *Aztec Imperial Strategies*, Washington D. C., Dumbarton Oaks, 1996.
- BUENO, Isabel, *La guerra mesoamericana en época mexicana*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2003.
- , "La guerra naval en el valle de México", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 36, México, Instituto de Investigaciones Históricas, p. 199-224
- , "La importancia del faccionalismo en la política mesoamericana". *Revista de Indias*, C.S.I.C., n. 232, p. 651-672.
- , "Tlatelolco: la gemela en la sombra", *Revista Española de Antropología Americana*, v. 35, Madrid, 2005, p. 133-148.
- CALNEK, Edward, "Patterns of Empire Formation in the Valley of Mexico", en Collier, Rosaldo y Wirth, 1982, p. 43-62.
- CARRASCO, Pedro, *Estructura político-territorial del imperio technoca: La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzcoco y Tlacopan*, México, Fondo de Cultura Económica y el Colegio de México, 1996.
- CHIMALPAHIN CUAUHTLEHUANITZIN, Francisco, *Relaciones Originales de Chalco Amaquemecan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.
- CIPOLLA, Carlo, *Entre la Historia y la Economía*, Barcelona, Crítica, 1991.
- Códice Mendoza, Códice Mendocino*, José Ignacio Echegaray (ed.), México, San Ángel Ediciones, 1979.
- COLLIER, George, Renato Rosado y John Wirth, *The Inca and Aztec States 1400-1800*, New York, Academic Press, 1982.
- CORTÉS, Hernán, *Cartas de Relación de la Conquista de México*, México, Porrúa, 1963.
- DAVIES, Claude Nigel Byan, *Los mexicas. Primeros pasos hacia el imperio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973.
- , *Los Aztecas*, Barcelona, Destino, 1977.

- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2 v., Miguel León-Portilla (ed.), Madrid, Dastin Historia, 2000.
- DURÁN, fray Diego, *Historia de la Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, Ángel Ma. Garibay (ed.), 2 v., México, Porrúa, 1984.
- GARDUÑO, Ana, *Conflictos y alianzas entre Tlatelolco y Tenochtitlan: siglo XII a XV*, México, Instituto Nacional de Antropología, 1997.
- GORENSTEIN, Shirley, "The differential development of New World empires", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, XX, México, 1966, p. 41-67.
- GRAULICH, Michel, "El sacrificio humano en Mesoamérica", en *Revista Arqueología Mexicana*, v. XI, n. 63, México, 2003, p. 18-23.
- HASSIG, Ross, *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control*, Norman, University of Oklahoma Press, 1988.
- , *Comercio, tributo y transportes: La economía política del valle de México en el siglo XVI*, México, Alianza Mexicana, 1990.
- , *War and Society in Ancient Mesoamerica*, Berkeley, University of California Press, 1992.
- , *Mexico and the Spanish Conquest*, New York, Longman, 1994.
- HICKS, Frederic, "Flowery War in Aztec History", *American Anthropologist*, 6, 1979, p. 87-92.
- HOLT, Barry, *Mexica-Aztec Warfare: a Developmental and Cultural Analysis*, Ph. D. dissertation, University of Texas, 1979.
- IXTLILXÓCHITL, Fernando de Alva, *Historia de la nación chichimeca*, edición de Germán Vázquez, Madrid, Historia 16, 1985 (Crónicas de América n° 11).
- JIMÉNEZ MORENO, Wigberto, "Historia antigua de México", en *Historia de México*, México, Porrúa, 1965.
- KATZ, Friedrich, *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV y XVI*, México, 1966.
- LAMEIRAS, José, *Los déspotas armados*, Zamora, Colegio de Michoacán, 1985.
- , *El encuentro de la piedra y el acero*, Zamora, Colegio de Michoacán, 1994.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, "Itzcóatl, creador de una cosmovisión guerrera", en *Universidad de México*, México, 1956.

- LITVAK KING, Jaime, *Cihuatlan y Tepecoacuilco: Provincias tributarias de México en el siglo XVI*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Tarascos y mexicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- MOTOLINÍA, fray Toribio de Benavente, *Memoriales e historia de los indios de la Nueva España*, estudio preliminar por Fidel de Lejarza, Madrid, Atlas, 1970.
- ORELLANA, T. Rafael, "La guerra", en *El esplendor del México antiguo*, 2 v., México, CIAM, 1959, v. II, p. 837-860.
- PASO Y TRONCOSO, Francisco del, *Papeles de Nueva España. Segunda Serie, geografía y estadística*, 7 v., México, Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1905-1906.
- POMAR, Juan Bautista de, *Relación de Texcoco*, edición de Germán Vázquez, Madrid, Historia 16, 1991, (Crónicas de América, n. 65).
- Relación de Texcoco*, edición de Germán Vázquez, Madrid, Historia 16, 1991, (Crónicas de América, n. 65).
- ROJAS, José Luis de, *Los aztecas: entre el dios de la lluvia y el de la guerra*, Madrid, Biblioteca Americana Anaya, 1988.
- , "La organización del imperio Mexica", en *Revista Española de Antropología Americana*, n. 21, Universidad Complutense de Madrid, 1991, p. 145-169.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Madrid, Dastin Historia, 2001.
- SMITH, Michael E., "The Strategic Provinces", en Berdan, Blanton, Boone, Hodge, Smith y Umberger, 1996, p. 137-150.
- TEZOZÓMOC, Hernando Alvarado, *Crónica Mexicana*, Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez (eds.), Madrid, Dastin Historia, 2001.
- TORQUEMADA, Juan de, *Monarquía indiana*, 3 v., México, Porrúa, 1969.
- UMBERGER, Emily, "Aztec Presence and Material Remains in the Outer Provinces", en Berdan, Blanton, Boone, Hodge, Smith y Umberger, 1996, p. 151-180.
- ZANTWIJK, Rudolf van, "La organización de once guarniciones aztecas, una nueva interpretación de los folios 17v y 18r del 'Códice mendocino'", en *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, LVII, 1967, p. 149-160.
- ZORITA, Alonso de, *Relación de los Señores de la Nueva España*, edición de Germán Vázquez, Madrid, Historia 16, 1992 (Crónica de América, n. 75).